

de objetos graves, cosa que sentiré sobremedera. Yo quiero la Carta, toda la Carta; es decir, las libertades públicas en toda su extensión. ¿Las quiere usted?

»Quiero también la religión como usted, y como usted aborrezco la congregación y esas asociaciones de hipócritas que convierten a mis criados en espías y que en el altar sólo buscan el poder; pero creo que el clero, desembarazado de esas plantas parásitas, puede entrar muy bien en un régimen constitucional y ser el apoyo de las nuevas instituciones. ¿No quiere usted separarlo demasiado del orden político? Pues voy a darle una prueba de mi imparcialidad. El clero, que tanto me debe, no me quiere, nunca me ha defendido, nada ha hecho por mí. Pero, ¿qué importa? Se trata de ser justos y de ver lo que conviene a la religión y a la monarquía.

»Nunca dudé del valor de usted, amigo mío, y estoy convencido de que hará todo cuanto le parezca útil: su talento es una segura garantía del triunfo. Aguardo, pues, sus comunicaciones, y abrazo con todo mi corazón a mi fiel compañero de destierro.

»CHATEAUBRIAND.»

La transacción relativa a Santo Domingo me proporcionó la ocasión de ventilar algunos extremos de nuestro derecho público, en el cual nadie pensaba.

Después de exponer importantes consideraciones, repliqué a los que decían: «¿Cómo! ¿Llegaremos a ser republicanos algún día? ¿Quién sueña hoy con la república?»

«Adicto al orden monárquico por razón — contesté —, miro la monarquía constitucional como el mejor gobierno posible en esta época de la sociedad. Pero si se quiere reducir todo a intereses personales; si se supone que en cuanto a mi persona pudiera yo temer en un estado republicano, mucho se equivocan los que esto creen.

»¿Me tratará peor que lo ha hecho la monarquía? He sido dos o tres veces despojado por ella o por su causa, y ahora pregunto: ¿me habría arrojado de sí con más rudeza el imperio, que me habría colmado de favores, si yo los hubiese querido? aborrezco la servidumbre, y la libertad agrada a mi independencia natural: la prefiero en el orden monárquico, pero también la concibo en el orden

popular. ¿Quién puede temer menos que yo del porvenir? Yo poseo lo que ninguna revolución puede quitarme: sin empleo, sin honores, sin fortuna, todo gobierno, que no sea bastante imbecil para despreciar la opinión pública, debe tenerme en algo. Los gobiernos populares se componen sobre todo de existencias individuales, y los valores particulares de los ciudadanos forman el valor general. Yo obtendría, pues, la estimación pública, porque jamás obraré de modo que pueda perderla, y quizás me harían mis enemigos más justicia que los que se dicen mis amigos.

»Así, pues, no me asustan las repúblicas ni su libertad, no soy rey, ni espero heredar una corona; no es, por lo tanto, mi causa la que yo defiendo.

»Hablando a otro ministerio he dicho terminantemente que había de llegar el momento en que nos pondríamos todos a la ventana, para ver pasar por la calle a la monarquía.

»A los actuales ministros les dije: «Si seguís marchando como hasta aquí, toda la revolución podrá reducirse, en una época dada, a una nueva edición de la Carta, en la cual bastará cambiar dos o tres palabras.»

He subrayado la última frase para llamar la atención de mis lectores sobre tan asombrosa predicción. Hoy mismo, cuando las opiniones se controvierten tanto, cuando todos hablan como quieren, estas ideas republicanas, emitidas por un realista, no dejan de tener atrevimiento.

Mis últimos artículos reanimaron hasta al señor de La Fayette, quien por vía de felicitación, me envió una hoja de laurel. El efecto de mis opiniones se hizo sentir con gran extrañeza de los que no habían creído en él, desde los librereros, que vinieron en diputación a mi casa, hasta los hombres parlamentarios que más distanciados se hallaban de mi política en un principio. La carta que reproduzco más abajo, en comprobación de mi dicho, causa cierta especie de admiración por su firma. No hay que fijar la atención más que en el significado de esta carta, y en el cambio producido en las ideas y en la posición del que la escribió y del que la recibía: referente a la calificación de que yo soy Bossuet y Montesquieu, no debe hacerse caso de ella, porque éste es el pan cotidiano de nosotros los autores: de igual manera los ministros son siempre Sully y Colbert.

«Señor vizconde: Permítame que me asocie a la admiración universal: hace bastante tiempo que experimento este sentimiento para resistir al deseo y a la necesidad de manifestárselo.

»Sus artículos son notables enseñanzas para todos los hombres de Estado. Usted reúne la elevación de Bossuet a la profundidad de Montesquieu: usted ha encontrado su pluma y su genio.

»En el nuevo género de guerra que usted ha creado, recuerda la mano poderosa del que en otros combates ha llenado el mundo de su gloria. ¡Quiera el cielo que los triunfos de usted sean más duraderos; que interesen a la patria y a la humanidad!

»Todos los que, como yo, profesan los principios de la monarquía constitucional, se enorgullecen de tener en usted su más noble intérprete.

»Reciba, señor vizconde, nuevas seguridades de mi alta consideración.

»HORACIO SEBASTIANI.»

»Domingo 30 de octubre.»

Así caían a mis pies amigos, enemigos y adversarios en el momento de la victoria. Todos los pusilánimes y ambiciosos que me creyeron perdido, empezaban a verme salir radiante de los torbellinos de polvo de la liza. Esta era mi segunda guerra de España: yo triunfaba en ella de todos los enemigos interiores como había triunfado en el exterior de todos los enemigos de Francia. Me había sido necesario pagar este triunfo con mi persona y mis despachos; pero había paralizado y hecho nulos los despachos del señor de Metternich y del señor de Caning.

La muerte del general Foy y del diputado Manuel arrebataron a la oposición de la izquierda sus principales oradores. El señor de Serre y Camilo Jordán bajaron también al sepulcro. Hasta en el sillón de la Academia me vi obligado a defender la libertad de la prensa, contra las lacrimosas súplicas de Lally-Tolendal. La ley sobre la policía de la prensa, llamada la *ley de justicia y de amor*, fué derribada por mis ataques. Mi opinión sobre este proyecto de ley es un trabajo curioso para la historia; recibí por él muchas felicitaciones, entre las cuales es conveniente recordar dos nombres.

«Señor vizconde: Agradezco mucho las

gracias que ha tenido la bondad de darme. Usted llama obligación lo que yo considero como una deuda, que he sido muy feliz en poder pagar al elocuente escritor. Todos los verdaderos amantes de las letras se asocian a su triunfo y se consideran como partícipes de él. A su lado, o distante de usted, yo contribuiré a él con todas mis fuerzas, si es posible que alguna vez tenga usted necesidad de esfuerzos tan débiles como los míos.

»En un siglo ilustrado como éste, el genio es el único poder superior a la desgracia, y a usted, señor, correspondía dar una prueba palpable de ello a los que se afligen en la adversidad.

»Tengo el honor de ser, con la consideración más distinguida, suyo, etc., etc.

»ETIENNE.

»París, 5 de abril de 1826.

«Mucho he tardado, caballero, en darle gracias por su admirable discurso. Una fluidez en la vista, trabajos para la Cámara, y más aún las espantosas sesiones de ésta, me servirán de excusa. Por otra parte, ya sabe usted cuánto se asocian mi espíritu y mi alma a todo lo que usted dice, y cuánto simpatizan con todo el bien que intenta hacer a nuestra desgraciada nación. Me considero dichoso en unir mis débiles esfuerzos a una poderosa influencia, y el delirio de un ministerio que atormenta y querría degradar a Francia, si me inquieta por sus próximos resultados; me da la seguridad consoladora de que tal estado de cosas no puede continuar. Usted habrá contribuido poderosamente a ponerle un término, y si algún día merezco que se coloque mi nombre muy cerca del suyo en la lucha que es necesario mantener con tanta locura y tanto crimen, me creeré bastante recompensado.

»Reciba, señor, el homenaje de mi sincera admiración, de mi profundo afecto y de mi más alta consideración,

»BENJAMÍN CONSTANT.

»París, 21 de mayo de 1827.»

En el momento de que hablo yo llegaba al apogeo de mi importancia política. Por la guerra de España yo había dominado a Europa; pero una violenta oposición me combatía en Francia: después de mi caída llegué a ser en el interior el dominador reconocido de la opinión,

Los que me acusaron de haber cometido una falta volviendo a coger la pluma, se veían obligados a reconocer que me había formado un imperio más fuerte que el primero. La joven Francia se había puesto completamente de mi parte, y desde entonces no me ha dejado jamás. En muchas clases industriales los obreros estaban a mis órdenes, y no podía dar un paso en las calles sin verme rodeado por ellos. ¿De qué provenía mi popularidad? De que había conocido el verdadero espíritu de Francia. Yo había entrado en el combate con un solo periódico, y había llegado a ser dueño de todos. Mi audacia era causada por mi indiferencia: como no me importaba fracasar, iba derechamente al objeto, sin cuidarme del naufragio. Hoy no me queda más que esta satisfacción de mí mismo; porque, ¿qué importa ahora a nadie una popularidad pasada y que se ha borrado completamente de la memoria de todos?

Habiendo llegado el día del rey, me aproveché de esta ocasión para manifestar una lealtad que nunca han alterado mis opiniones liberales, y publiqué este artículo:

«¡Otra nueva tregua del rey!

»Paz hoy a los ministros!

»Gloria, honor, larga felicidad y larga vida a Carlos X! ¡Es en la tierra otro San Carlos!

»A nosotros, antiguos compañeros de destierro de nuestro monarca, es a quienes se debe preguntar la historia de Carlos X.

»Vosotros, franceses, que no os habéis visto obligados a abandonar a vuestra patria; vosotros, que no habéis recibido a un francés sino para substraeros al despotismo imperial y al yugo extranjero; vosotros, habitantes de la gran ciudad, no habéis visto más que al príncipe feliz. Cuando os agrupabais a su alrededor el 12 de abril de 1814; cuando, llorando de enternecimiento, tocabais sus manos consagradas; cuando volvíais a ver sobre una frente ennoblecida por el tiempo y por la adversidad de todas las gracias de la juventud, como se ve la belleza al través de un velo, vosotros no visteis más que a la virtud triunfante, y conducíais al hijo de los reyes al lecho real de sus antepasados.

»Pero nosotros le hemos visto dormir sobre el suelo, como nosotros sin asilo; despojado y proscrito como nosotros. Pues bien; esa bondad que en él os en-

canta, era entonces la misma; entonces llevaba la desgracia como cña hoy la corona, sin encontrar su peso demasiado grande, con esa benignidad cristiana que disminuí la magnitud de su infortunio, como atempera hoy el esplendor de su prosperidad.

»Los beneficios de Carlos X se aumentan aún con todos los beneficios de que nos llenaron sus abuelos: los días de un rey cristianísimo son para Francia una fiesta de reconocimiento: entreguémoslos, pues, a los transportes de gratitud que deben inspirarnos. No dejemos penetrar en nuestra alma nada que pueda hacer, por un solo instante, menos pura nuestra alegría. ¡Desgracia a los hombres!... Pero íbamos a violar la tregua... ¡Viva el rey!

Habiendo sido retirado el proyecto de ley sobre la policía de la imprenta, París celebró este acontecimiento con una iluminación general y espontánea. Esta manifestación pública me sorprendió, porque era un mal pronóstico para la monarquía: la oposición había trascendido al pueblo, y el carácter de éste hace transformar la oposición en revolución.

El odio contra el señor de Villele aumentaba sin cesar; como en el tiempo de *El Conservador*, los realistas se habían hecho constitucionales a mi voz. El señor Michaud me escribía:

«Mi digno maestro: Ayer hice imprimir el anuncio de su obra sobre la censura; pero el párrafo compuesto de dos líneas ha sido tachado por los señores censores. Si Dios no nos ayuda, todo está perdido. El trono se halla, como la desgraciada Jerusalén, en manos de los turcos; apenas pueden acercársele sus hijos. ¡A qué causa nos hemos sacrificado!

»MICHAUD.»

IRRITACIÓN DEL SEÑOR DE VILLELE. — CARLOS X QUIERE PASAR UNA REVISTA A LA GUARDIA NACIONAL EN EL CAMPO DE MARTE. — MI CARTA AL REY. — LA REVISTA. — LICENCIAMIENTO DE LA GUARDIA NACIONAL. — SE DISUELVE LA CÁMARA ELECTIVA. — NUEVA CÁMARA. — CAÍDA DEL MINISTERIO VILLELE. — CONTRIBUYO A LA FORMACIÓN DEL NUEVO MINISTERIO Y ACEPTO LA EMBAJADA DE ROMA. — EXAMEN DE UN CARGO.

La oposición había al fin excitado la irascibilidad en el temperamento frío del señor de Villele, y hecho despótico el es-

píritu malévolo del señor de Corbiere. El primero había destituido al duque de Liancourt de diez y siete puestos y comisiones que desempeñaba gratuitamente. El duque de Liancourt no era un santo, pero sí un hombre benéfico, al que la filantropía le había conferido el título de venerable, porque, como consecuencia de las costumbres de los antiguos revolucionarios, ningún hombre notable deja de llevar su epíteto, igual que los dioses de Homero: es siempre el respetable señor *tal*, el inflexible ciudadano *cual*. Con motivo del escándalo ocurrido en el entierro del señor de Liancourt, el señor de Semonville nos dijo en la Cámara de los Pares: «Estad seguros, señores, de que esto no volverá a ocurrir: yo mismo os conduciré al cementerio.»

En el mes de abril de 1827 el rey quiso pasar una revista a la guardia nacional en el Campo de Marte. Dos días antes de la fatal revista, impulsado por mi celo, y sin consultar más que mi idea por hacer que se depusieran las armas, envié a Carlos X una carta, que le fué entregada por el señor de Blacas, quien me acusó su recibo por medio del siguiente billete:

«No he perdido un solo instante, señor vizconde, en entregar al rey la carta que me ha hecho el honor de dirigirme para S. M.; y si se digna encargarme de alguna contestación, me apresuraré del mismo modo a hacérsela llegar.

»Reciba, señor vizconde, el más sincero saludo.

»BLACAS D'AULPS.

»27 de abril de 1827, a la una de la tarde.»

*Al rey.*

«Señor: Permitid a un fiel vasallo, a quien en los momentos de agitación se encontrará siempre a los pies del trono, confiar a V. M. algunas reflexiones que cree útiles para la gloria de la corona, tanto como para la felicidad y la seguridad del rey.

»Señor: no es sino demasiado verdadero que amenazan peligros al Estado; mas estos peligros no serán nada si no se contrarían los principios de gobierno.

»Un gran secreto se ha revelado, señor: vuestros ministros han tenido la desdicha de hacer saber a Francia que el pueblo, que se creía *muerto*, está vivo

todavía. Durante cuarenta y ocho horas la autoridad no ha ejercido dominio alguno en París. Las mismas escenas se repetirán en toda la nación; las facciones no olvidarán este ensayo.

»Pero las conmociones populares, tan peligrosas en las monarquías absolutas porque se presentan a la faz del mismo monarca, son muy poca cosa en los gobiernos representativos, porque sólo se dirigen contra los ministros o contra las leyes. Entre el soberano y sus súbditos hay una barrera que lo contiene todo: las dos Cámaras y las instituciones públicas. Fuera de esos movimientos, la autoridad y la persona del rey es siempre sagrada y está a cubierto de todo.

»Pero hay, señor, una condición indispensable para la seguridad general, y es la de obrar con arreglo al espíritu de las instituciones: la resistencia de vuestro consejo a este espíritu haría los movimientos populares tan peligrosos en una monarquía representativa como lo son en una monarquía absoluta.

»De la teoría paso a la aplicación. V. M. va a aparecer en la revista: será, sin duda, acogido como debe serlo; pero es muy fácil que en medio de los gritos de *viva el rey!* oiga otros gritos que os hagan conocer cuál es la opinión pública acerca de vuestros ministros.

»Por otra parte, es falso, señor, que haya hoy, como se dice, una opinión republicana. Es verdad, sí, que hay partidarios de una monarquía ilegítima; pero éstos son bastante hábiles para no aprovecharse de la ocasión y no unir sus votos el día 29 a los de Francia para disimular sus intenciones.

»¿Qué hará el soberano? ¿Los gritos del pueblo le harán abandonar a sus ministros? Esto sería destruir el poder. ¿Conservará el rey sus ministros? Estos harían recaer sobre su señor toda la impopularidad que los persigue. Sé perfectamente que el rey tendría el suficiente valor para sufrir un dolor personal con tal de evitar un mal a la monarquía; pero hay un medio muy sencillo de evitar estas calamidades. Permitidme, señor, que os lo exponga. Pueden evitarse, ciñéndose al espíritu de nuestras instituciones. Los ministros han dejado de tener mayoría en la Cámara de los Pares y en la nación, y la consecuencia lógica de esta crítica posición es su retirada. ¿Cómo podrían, si tuvieran el sentimiento de su deber, obstinarse en comprometer la corona con su permanencia

en el poder? Presentando su dimisión a los pies de V. M., lo calmarán, lo concluirán todo: entonces no será ya el rey quien ceda, sino sus ministros, que se retirarán con arreglo a todos los principios del gobierno representativo, y a todas las prácticas parlamentarias. El rey podrá volver a nombrar como ministros a aquellos que crea conveniente conservar: hay dos entre ellos: el duque de Doudeauville y el conde de Chabrol, a quienes honra la opinión.

»La revista perdería de este modo todos sus inconvenientes, y no sería más que un triunfo sin mezcla alguna de pesar. La legislatura concluirá también en paz y en medio de las bendiciones dirigidas a la cabeza de mi rey.

»Señor: para atreverme a escribiros esta carta es necesario que esté yo muy persuadido de la urgencia de tomar una resolución; es preciso que un deber muy imperioso me haya impulsado a hacerlo. Los ministros son mis enemigos; yo lo soy suyo, y si los perdono, como cristiano, no los perdonaré nunca como hombre. En tal posición, yo no habría hablado jamás al rey de su retirada, si en ella no estuviese la salvación de la monarquía.

»Soy, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

La Delfina y la duquesa de Berry fueron insultadas al ir a presenciar la revista. El rey fué bien recibido, pero una o dos compañías de la sexta legión gritaron: «Abajo los ministros; abajo los jesuitas.» Carlos X, irritado en extremo, contestó: «He venido aquí a recibir homenajes, pero no lecciones.» Por lo regular siempre pronunciaba frases enérgicas, que no solía sostener con sus acciones: era atrevido de ánimo, pero tímido de carácter; así fué que, al regresar a palacio, dijo al mariscal Oudinot: «El efecto total ha sido satisfactorio, pues aunque hay en la guardia nacional algunos bullangueros, la masa es buena, y podéis expresarle mi satisfacción.» El señor de Villele, contra quien habían gritado las legiones delante del ministerio de Hacienda, llegó en aquel momento, e irritado por todos los ataques precedentes, sin ser dueño de sí mismo para reprimir la cólera que sentía, propuso al consejo el licenciamiento de la guardia nacional. Fué apoyado por los señores de Corbiere, Peyronnet, Damas y Clermont-Tonnerre, y combatido por el señor de

Chabrol, el obispo de Hermópolis y el duque de Doudeauville. Un decreto del monarca dispuso el licenciamiento, que fué el golpe más funesto a la monarquía, antes del último de las jornadas de julio. Si en esta época no hubiera estado disuelta la guardia nacional, no se hubieran levantado las barricadas. El duque de Doudeauville presentó su dimisión, y escribió al rey una carta, donde le anunciaba el porvenir que todos tenían previsto.

Asediado el señor de Villele por la oposición realista liberal, importunado por las exigencias de los obispos, y engañado por los informes de los prefectos, resolvió disolver la Cámara Electiva, no obstante los trescientos individuos que le eran fieles: el restablecimiento de la censura precedió a la disolución. Entonces luché con más ardor que nunca; las oposiciones se unieron; los colegios pequeños votaron contra el ministerio; triunfó en París el lado izquierdo; siete distritos nombraron al señor Royer Collard, y los dos en que se presentó como candidato el ministro señor de Peyronnet le rechazaron. La ciudad se conmovió de nuevo; hubo conflictos y escenas sangrientas: se levantaron barricadas, y las tropas enviadas para restablecer el orden tuvieron que hacer fuego. De este modo se prepararon las últimas jornadas. En medio de estas disensiones, recibióse la noticia del combate de Navarino, triunfo en el cual pudiera yo reclamar mi parte. Las grandes desgracias de la Restauración se anunciaron siempre con victorias, las cuales no querían abandonar sino con disgusto a los herederos de Luis el Grande.

La Cámara de los Pares gozaba del favor público por su resistencia a las leyes onerosas, mas no sabía defenderse a sí misma, y se dejó confundir entre las hornadas de nuevos miembros, contra las cuales reclamaba yo casi solo. Aseguré que aquellos nombramientos viciarían su principio haciéndole perder con el tiempo el crédito en la opinión pública. ¿Me engañé, acaso? No sólo destruyeron en Francia la aristocracia, sino que han llegado a ser un instrumento contra la aristocracia inglesa: ésta se verá así mismo envuelta entre una numerosa recepción de togas, y acabará por perder su natural herencia.

La nueva Cámara pronunció su famosa negativa a los planes del gobierno, y reducido el señor de Villele al último re-

curso, quiso deshacerse de parte de sus colegas, y negoció con los señores Laffitte y Casimiro Perier: los dos jefes de la oposición le escucharon, pero se apagó la mecha; el señor Laffitte no se atrevió a dar el primer paso; llegó la hora para el presidente, y cayó la cartera de sus manos. Al retirarme de los negocios me había yo ruborizado, pero el señor de Villele descansó sin entrar en la Cámara de Diputados, partido que debió haber seguido; pero no tenía un conocimiento bastante profundo del gobierno representativo, ni la autoridad necesaria en la opinión para llevar a cabo tan acertada idea: los nuevos ministros habían exigido su salida de la Cámara de los Pares, y él la había aceptado. Fué consultado respecto a algunas personas para reemplazar a otras del gabinete, y propuse al señor Casimiro Perier y al general Sebastiani, pero no se hizo caso de mis palabras.

El señor de Chabrol, encargado de formar el nuevo ministerio, me puso el primero de la lista; pero el rey me borró, indignado. El señor Portalis, hombre de carácter miserable, confederado durante los *Cien Dias*, adulator de la legitimidad, de la cual hablaba como no lo habría hecho el más ardiente realista, fué nombrado guardasellos. El señor de Caux relevó al señor Clermont-Tonnerre en el ministerio de la Guerra: el conde Roy obtuvo el de Hacienda; el conde de la Ferronnays, amigo mío, se encargó del de Estado, y el señor de Martignac del de Gobernación, aunque no tardó en aborrecerle, porque Carlos X atendía más a su gusto que a sus principios, puesto que llegó a odiar a dicho ministro por su afición a los placeres, al paso que estimaba a los señores de Corbiere y de Villele porque no iban a misa.

El señor de Chabrol y el obispo de Hermópolis continuaron provisionalmente en el ministerio: este último vino a verme antes de retirarse, y me preguntó si quería reemplazarle. «Ahí tenéis — le contesté — al señor Royer Collard, porque no abrigo el menor desecho de ser ministro; pero si el rey desease llamarme a su consejo, sólo entraría en él por el ministerio de Estado, en reparación de la afrenta que recibí.»

Después de la muerte del señor de Montmorency, trabajó el señor de Riviere para derribar al señor de Villele, porque la parte devota de la corte se había coligado contra el ministro de Hacia-

da. Quedaba el ministerio de Marina, que me ofrecieron, pero no lo quise aceptar, y habiéndome pedido el conde Roy que le indicase alguna persona, designé al señor Hyde de Neuville. Hacía falta un preceptor para el duque de Burdeos, y se pidió mi parecer, que fué favorable al señor de Cheverus. El ministro de Hacienda habló al monarca, y éste le dijo: «Está bien; nombro a Hyde para Marina, y en cuanto al señor de Cheverus, la elección es inmejorable, y lamento no haber pensado en ella, porque he nombrado ya al señor de Tharin. Decídselo de mi parte a Chateaubriand.»

El señor Roy fué a anunciarme el éxito de la negociación, añadiendo: «El rey desea que acepte usted una embajada, y si quiere, marchará usted a Roma.» La palabra Roma produjo en mí un efecto mágico, y experimenté la tentación que sentían los anacoretas en el desierto.

El duque de Laval, a quien iba yo a relevar en Roma, fué nombrado embajador en Viena.

Antes de pasar a otro asunto, séame permitido volver atrás, para descargar-me de un peso. Se me ha acusado de haber contribuido a la caída de la monarquía legítima, y necesito examinar este cargo.

Los sucesos ocurridos durante el ministerio de que formé parte tienen la importancia de estar ligados a la suerte de Francia. Por esas afinidades extraordinarias que no se explican, por esas relaciones secretas que ligan muchas veces fortunas opuestas, los Borbones han prosperado, a medida que han seguido mis consejos, aunque estoy muy lejos de creer, con el poeta, que mi *elocuencia sirviera de limosna a la autoridad real*.

Cada cual explicará como quiera estos hechos incontestables, que prestan a mi carrera política un valor relativo del que por sí misma carece, y sin que por esto aumenten mi vanidad, pues no me complazco malignamente en que mi nombre esté mezclado a los acontecimientos de dos siglos. Sea cual fuere la variedad de mi marcha aventurera, el último horizonte del cuadro es amenazador y triste.

... Juga cepta moveri  
Silvarum, vique canes ululare per umbram.

Se dice, sin embargo, que si la escena ha cambiado de una manera deplorable, a nadie debo acusar más que a mí mismo. Se sostiene que, por vengar lo que

me ha parecido una injuria, todo lo he dividido, y que de esta división ha resultado la caída del trono. Reflexionemos.

El señor de Villele declaró que no se podía gobernar conmigo ni sin mí. Conmigo, era un error; sin mí, era cierto, cuando el señor de Villele lo decía, puesto que las diferentes opiniones me daban una mayoría.

Nunca ha llegado a conocerme el presidente del consejo; yo le era sinceramente adicto, y le hice entrar en su primer ministerio, como lo demuestran la carta de gracias del duque de Richelieu y otros billetes que he citado: también hice dimisión de la embajada de Berlín cuando el señor de Villele se retiró del ministerio. Consiguieron persuadirle, al hacerse cargo de los negocios, por segunda vez, de que yo deseaba su plaza; pero no había tal cosa, pues no pertenezco a esa raza intrépida, sorda a la voz del desinterés y de la razón. Cuando pedía yo al señor de Villele que llevase al despacho del rey algún asunto importante para evitarme la molestia de ir a palacio y no privarme del placer de visitar una capilla gótica, en la calle de Saint-Julien-le-Pauvre, se pudo convencer de mis intenciones desinteresadas si hubiera reflexionado mejor acerca de los objetos que merecían mi preferencia.

El señor de Villele no comprendió que si mi ánimo tendía a la dominación, siempre se sometía a mi carácter. Hallaba placer en la obediencia, por lo mismo que ella me libertaba de mi propia voluntad. Mi defecto capital es el fastidio, el disgusto de todo; la duda perpetua. Si un príncipe que me conociera me hubiera obligado a trabajar, tal vez hubiera sacado de mí algún partido; pero raras veces se encuentra el hombre que quiere con el hombre que puede. Y, por otra parte, ¿existe hoy alguna cosa que nos precise a movernos de la cama, cuando nos dormimos al ruido de los tronos que caen, y que el pueblo barre por la mañana?

Además, al separarse de mí el señor de Villele, se relajó la política, y la contrariedad que experimentaba de parte de las opiniones interiores y el movimiento de las exteriores le irritó en extremo. Esto fué el origen de la censura de la prensa y del licenciamiento de la guardia nacional. ¿Debía yo dejar que pereciese la monarquía por conquistar la fama de una moderación hipócrita? Creí sincera-

mente cumplir mi deber combatiendo al frente de la oposición, por lo mismo que preveía el peligro. Cuando cayó el señor de Villele se me consultó para la formación de otro ministerio, y si hubieran sido nombrados el señor Casimiro Perier, el general Sebastiani y el señor Royer Collard, como yo proponía, la situación hubiera podido sostenerse. Yo no quise aceptar el ministerio de Marina; rehusé también dos veces el de Instrucción pública. ¿Por qué? Porque no quería entrar en el consejo sin poderlo dirigir. Preferí, pues, ir a Roma, a encerrarme entre sus ruinas, y buscar en ellas el otro yo mismo, porque en mi persona hay dos seres distintos que no tienen comunicación entre sí.

Yo estaba convencido de que el conde de Villele no comprendía la sociedad, y creo que las sólidas cualidades de este ministro no se adaptaban a la época en que ejerció el poder. En otro orden de cosas financieras, comerciales e industriales, habría sido un rey. Durante la Restauración, todas las facultades del alma estaban vivas; todos los partidos soñaron realidades o quimeras, que se chocaban en tumulto al avanzar o retroceder; nadie quería quedar donde estaba, y a nadie parecía la legitimidad constitucional la última palabra de la República o de la Monarquía. Se sentían hervir bajo la tierra ejércitos o revoluciones, que se presentarían para cumplir misiones extraordinarias. El señor de Villele se hallaba ilustrado acerca del movimiento; veía crecer las alas, que impulsando a la nación, le preparaban su elemento; pero él quería detenerle, sin poseer la fuerza necesaria para conseguirlo. Yo quería entretener a los franceses en adquirir gloria y llevarlos a la realidad por medio de sueños deliciosos, y esto era lo que ellos deseaban.

Si hubiese adivinado los resultados, me hubiera abstenido, y la mayoría también, de votar la negativa a los proyectos ministeriales, porque nadie deseaba seriamente una catástrofe, a excepción de algunas personas. Al principio sólo hubo un motín, que la dignidad convirtió en revolución; pero esa dignidad careció de inteligencia, prudencia y resolución para salvarse. Al fin es una monarquía que ha caído, como caerán otras muchas; yo no le debía más que mi fidelidad, y la tendrá siempre.

Adicto a las primeras desgracias de la monarquía, me he consagrado también

a sus últimos infortunios. Todo lo he abandonado; posición, riquezas y honores: ¡Jueces austeros y rígidos, virtuosos e infalibles realistas, que mezclasteis a vuestras riquezas un juramento, tened alguna indulgencia para mis amarguras pasadas, que estoy expiando a mi modo, enteramente opuesto al vuestro! ¿Creéis, acaso, que a la noche, a la hora en que el hombre trabajador descansa, no siente el peso de la vida, cuando este peso le abrumba? Y, no obstante, he podido sacudir el peso, porque he visto a Felipe en su palacio a principios de agosto de 1830, y si yo hubiera querido, habría escuchado de su boca palabras generosas.

Después, si me hubiese arrepentido de haber obrado mal, me hubiera sido fácil ahogar el sentimiento de mi conciencia, puesto que el señor Benjamín Constant, hombre poderoso entonces, me escribía el 20 de septiembre: «Quisiera mejor escribirle respecto a usted que acerca de mí, porque eso tendría más importancia: desearía hablarle de la pérdida que usted hace experimentar a Francia con retirarse, después de haber ejercido en ella una influencia tan noble y saludable. Pero sería indiscreción el mezclarme de esta manera en cuestiones personales, y debo respetar sus escrúpulos, lamentándome de ellos, como se lamentan todos los franceses.»

Me parecía que no había cumplido todos mis deberes, y he defendido a la viuda y al huérfano, arrojando un proceso y la prisión, que el mismo Bonaparte, a pesar de su cólera, no llegó a imponerme. Yo me presento entre mi dimisión al saber la muerte del duque de Enghien y mi grito por el niño despojado; apoyándome en un príncipe fusilado y otro destronado; ellos sostienen mis brazos con los suyos. Realistas, ¿podéis decir que estáis tan bien acompañados como yo?

Cuanto más aprisioné mi vida entre los lazos de la adhesión y del honor, tanto más he subordinado la libertad de mis acciones a la independencia del pensamiento. Ahora que veo las cosas desde lejos, aprecio a los gobiernos por lo que valen. ¿Podrá creerse a los reyes que vengán? ¿Se debe creer en los pueblos que hoy mandan? El hombre sabio y desconsolado de esta época sólo encuentra reposo en el ateísmo político. Vivan en medio de esperanzas las nuevas generaciones, ya que verán pasar muchos años antes de que se realice su objeto;

las edades tienden a la nivelación general; pero no aligeran su marcha con arreglo a nuestros deseos, porque el tiempo es una especie de eternidad apropiada a las cosas mortales.

París, 1839.

LA SEÑORA RECAMIER. — SU INFANCIA Y SU JUVENTUD.

Pasemos a la embajada de Roma, a esa Italia, el ensueño de mis días. Antes de proseguir mi narración, debo hablar de una mujer que no habrá que perder ya de vista hasta el final de estas *Memorias*. Va a establecerse una correspondencia de Roma a París entre ella y yo: por lo tanto, es preciso saber a quién escribo, cómo y en qué época conocí a la señora Recamier.

Volvamos aún a tiempos pasados y tratemos de bosquejar a la luz de mi ocaso un retrato sobre el cielo en donde mi noche, que se aproxima, va a esparcir bien pronto sus sombras.

Una carta publicada en *El Mercurio* después de mi regreso a Francia en 1800 había llamado la atención a madama de Staël. Yo no estaba todavía borrado de la lista de los emigrados: *Atala* me sacó de mi obscuridad. La señora Bacciochi (Elisa Bonaparte), a ruegos del señor de Fontanes, solicitó y obtuvo mi eliminación, de la que se había ocupado madama de Staël, y yo fui a darle las gracias. No me acuerdo bien si fué Cristián de Lamoignon o el autor de *Corina* quien me presentó a su amiga, la señora de Recamier, que vivía entonces en su casa de la calle de Mont-Blanc. Al salir de mis bosques y de la obscuridad de mi vida, mi carácter era enteramente salvaje, y apenas me atreví a levantar la vista hacia una mujer rodeada de adoradores.

Casi un mes después me encontraba una mañana en casa de madama de Staël, la cual me había recibido en su tocador: la vestía la señorita Oliva, y jugaba entre sus dedos con una ramita verde. Entró de repente la señora Recamier vestida con un traje blanco, sentándose en el centro de un sofá de seda azul. Madama de Staël, que permaneció en pie, continuó su conversación muy animada, hablando con elocuencia; pero yo apenas le contestaba, fijas mis miradas en la señora de Recamier. Nunca había inventado mi imaginación una co-